

# MAPAMUNDI

The image is a monochromatic, high-contrast photograph of a cityscape, likely a mosque or a similar religious building. The scene is dominated by a deep red and orange color palette, suggesting a sunset or sunrise. The architecture features several prominent domes and minarets, with a bright light source behind the buildings creating a strong glow and silhouettes. The overall mood is dramatic and atmospheric.

CHRISTOPHE PAUL

Mapamundi

# MAPAMUNDI

CHRISTOPHE PAUL

Titulo original: *Mapamundi*  
Traducción : Véronique Conesa  
© Christophe Paul 2009

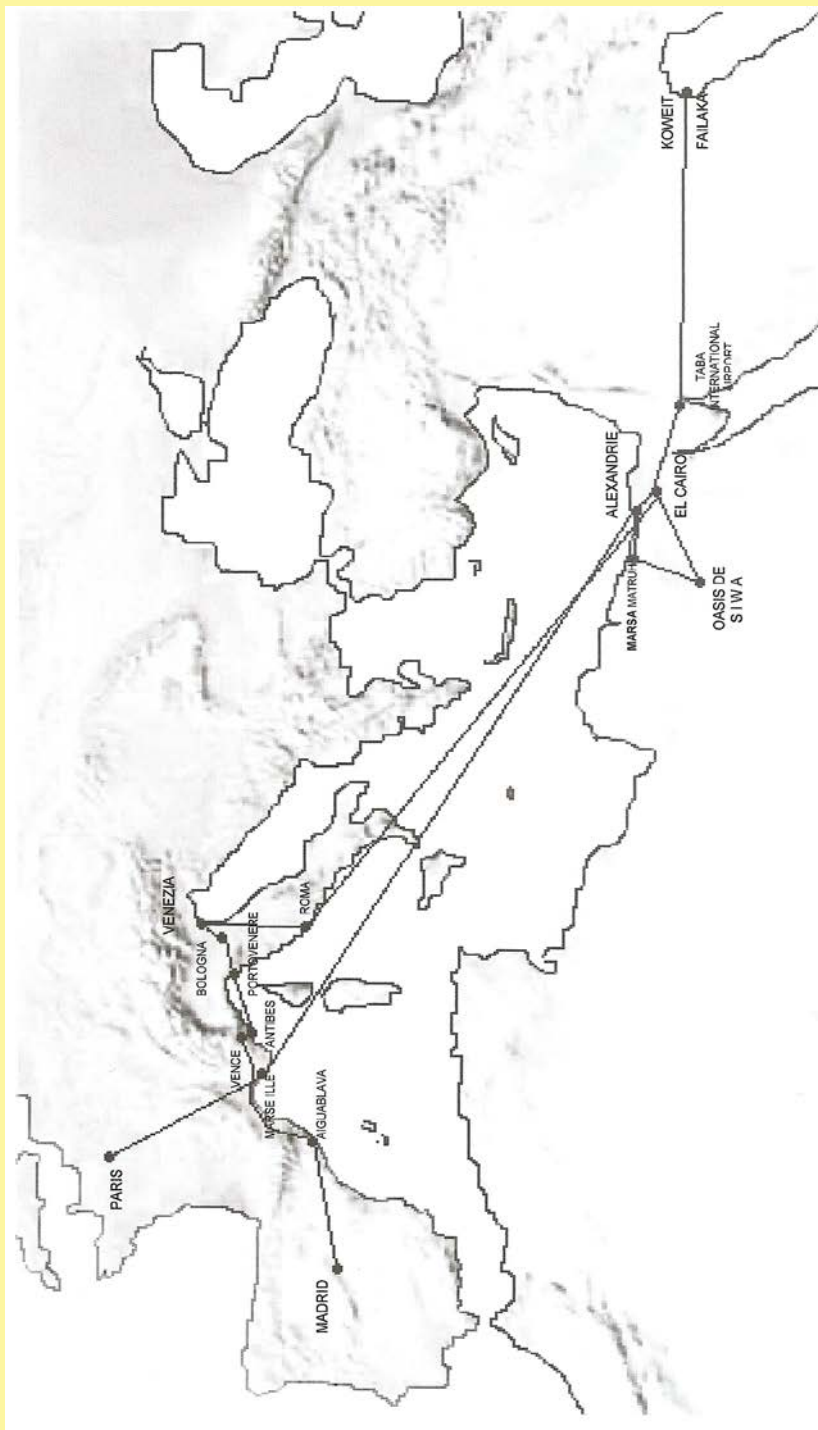
Diseño de la cubierta: Zinnia Clavo, Eva Millares  
2ª edición: diciembre 2012

© Ediciones CreateSpace IPP

ISBN: 978-1481863261  
Depósito legal: 16/2010/1116  
Impreso por CreateSpace

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

*A todas las mujeres sedientas de emoción y aventura  
Y a todos los hombres que las aman*



## PERSONAJES

Abdel Aziz	Hombre de confianza, familia Zi Zenatti
Abie Brown	Rubia CIA
Ahmed	Hombre de Bratti, Egipto
Albert Wineski	Mandamás CIA
Alberto	Guarda de seguridad Biblioteca Nacional
Augustino	Hombre de Bratti
Aurelia	Ama de llaves, Palacio Venecia
Azîm	Guarda Casa del Persa, Siwa
Dennis Young	Camisa verde CIA
Don	Marine quemado CIA
Edgard Rossi	Amigo íntimo familia Zi Zenatti
Etienne Martínez	Capitán Yate
Eve Thousands	Arqueóloga excavaciones, Siwa
Farûq	Hombre de Bratti, Egipto
Frank Bowell	Hombre CIA misión especial
Giovanni Licciardi Casamento	Obispo cercano al Papa
Guido	Hermano Zi, superdotado
Hassân	Piloto de la avioneta
Isabel El-Romani	Madre de Zi y Guido
Jamîl - Johnny	Ayudante de Eve Thousands, Siwa
Lennon	Perro de Guido, cruce de Jack Russell
Louie Lauper	Negro CIA
Mahmud El-Abbibi	Primo de Târek, Siwa
Marcelo	Ayudante Palacio Venecia
María José del Pino	Amiga Zi, embajada USA
Massimo Zenatti	Padre de Zi y Guido
Michel	Trabaja en la Universidad de California
Miguel	Camarero, Parador Aiguablava
Natalia Costas	Vecina, amiga de Zi
Paolo Bratti	Especialista misiones especiales Vaticano
Pierre Henri	Propietario, empresa de datación París
Radhiya	Mujer de Azîm
Samy	Experto robótica, novio Zi
Saqr	Negociante, objetos de arte egipcio
Târek El-Kassem	Taxista Alejandría
Thierry Leroy	Historiador jefe depart. Louvre
Vero	Amiga de Zi, Louvre
Walter	Marine ileso CIA
Zaggâlah / zaggâl	Guerreros siwi
Zi Zenatti El-Romani	Heroína

La primera explosión sacudió el silencio de la noche cuando salían del descampado y se metían por el camino de tierra, a unos quinientos metros detrás de la urbanización.

—¡Guido, te has pasado! ¿Qué has hecho?

Zi había parado el coche, Natalia y ella miraban al niño con una expresión extraña.

—Nada, te lo juro. Sólo he puesto mis redes.

—¿Y lo de la corriente en la puerta?

—Como mucho un calambrazo fuerte. El diferencial es de treinta miliamperios, como obliga la ley. Esto corta la corriente enseguida y no hay riesgo mayor que un buen susto.

Una segunda explosión los volvió a sorprender haciendo temblar la noche.

—¡Joder! ¿Qué está pasando?, larguémonos de aquí, —dijo Zi. Metió una marcha, y el coche se alejó por el camino de tierra a velocidad prudente y sin otras luces que la luna, hasta que llegaron a la carretera principal.

El Audi salió del camino y se incorporó al asfalto. Zi puso las luces. Todo el mundo estaba en silencio. El reloj digital del salpicadero indicaba ya las dos y cuarto de la madrugada. A la derecha de la carretera, se podía percibir a lo lejos la luminosidad de un incendio. Las llamas debían de tener varios metros de altura para que se viesan a esa distancia.

De pronto, al salir de una curva, se cruzaron con tres coches de policía y dos camiones de bomberos con las sirenas a todo meter, que se dirigían al lugar del siniestro.

—Han tardado poco en avisar —observó Zi.

Nadie contestó.

Las últimas horas habían sido bastante intensas. Quién se podía imaginar esa misma tarde que todo iba a desquiciarse de esta manera.

¿Querían ir a por ellos?, ¡pues bien!, no se lo iban a poner fácil.



## PRIMERA PARTE

## 1

*Oeste de la Comunidad de Madrid, España.  
Últimos días de junio 2008, 5 horas antes.*

“Había una vez, hace mucho, mucho tiempo, un príncipe muy especial. Cuenta la leyenda que allá por el año 357 a.C., un Faraón egipcio llamado Nectanebo visitó la corte de su padre, Filipo II Rey de Macedonia. Era un mago con muchos poderes, que sedujo en secreto a Olimpia, Princesa de Epiro y esposa del Rey. Luego resultó que en realidad el Faraón mago no era otro que el Dios de los dioses, que los egipcios llamaban Amón-Ra, los griegos Zeus y los sumerios Marduk.

El príncipe nació, y la reina le llamó Alejandro. Tenía la particularidad de poseer ojos de diferente color, uno pardo y el otro gris verde. La diferencia de color se veía poco, sólo cuando mostraba cambios de humor. — ¡Igualito que tú! —Pasaron los años, Alejandro recibió una educación principesca en manos de su preceptor, el gran filósofo Aristóteles. Asesinaron a su padre cuando él tenía sólo veinte años y le nombraron rey. Entonces cogió su flamante caballo y se lanzó a la conquista del mundo.”

—Zi, “su flamante caballo, Bu-cé-fa-lo” —dijo el niño insistiendo en las sílabas—. No vale saltarse partes del cuento para acabar antes.

Zi hizo una mueca. Su hermano Guido se sabía el cuento palabra por palabra desde pequeño. Lo podía recitar como si se tratase de una obra de teatro. La miraba con su carita risueña dulcemente enmarcada por una mata de bucles castaños y rebeldes, que apuntaban en todas direcciones. Estaba tumbado en su cama, último recinto de paz, en medio de una habitación de preadolescente, en la que parecían haberse librado los últimos combates de una revolución interestelar...

La habitación tendría unos diez metros cuadrados, con una sola ventana que daba a la parte de atrás, al trocito de jardín, y más allá a las partes comunes, con la piscina y lo que quedaba de las pistas de tenis. A la derecha de la cama estaba la mesilla de noche, donde descansaba un artefacto

galáctico: un despertador desguazado del que salía un amasijo de cables conectado a las tripas de una vieja radio descuartizada. Más allá, la mesa de estudio, revuelta, con el ordenador portátil rodeado de más artilugios; una videoconsola incomprensiblemente impecable, y todos los accesorios requeridos para hacer feliz a un joven inventor. El suelo de parquet, con su alfombra de pelos despeluchada, desaparecía bajo los montones de ropa y de libros técnicos más propios de otra edad. A la izquierda el armario y las repisas sobre las que se supone que debería de estar todo guardado.

Zi suspiró con desesperación. Ni ella, ni Teresa la asistente, se atrevían ya a entrar en este antro para poner orden.

—Zi, ¿me has oído?

—Oye enano, bastante es que te lo cuente, ¿no crees?

—Tienes razón. Bueno, seguimos mañana con la parte del tesoro de los persas, hoy tengo que dormirme pronto, tengo examen de mates a primera hora.

—¿Te lo sabes bien? No me ha dado tiempo a repasar contigo.

—No te preocupes. De todas maneras es mejor que no me ayudes, porque las mates y tú no hacéis buena pareja que se diga.

—Vale, tampoco hace falta refrotármelo. Lo que quería decir, es que últimamente no he tenido mucho tiempo para ti y estás pasando demasiado tiempo delante de la pantalla de tu ordenador.

—¡Ya! Le dedicas más tiempo a tus viejos mapas y a tus investigaciones. Y no es un reproche, sé que es importante y secreto.

—¿No le habrás contado nada a nadie de lo que estoy haciendo, verdad?

—¿Para que te metan en la cárcel y me quede huérfano del todo?...

—¿De dónde sacas tú estas ideas, mocoso?

Zi trabajaba en su investigación sin esconderse de su hermano pequeño, pero tampoco iba pregonando lo que hacía. Y cuando no trabajaba en ello, lo tenía todo bien guardado en el armario del pasillo debajo de las maletas.

—¿Te crees que soy tonto? Porque muy tonto tendría que ser para no haberme dado cuenta de que el mapamundi sobre el que trabajabas el año pasado es uno de los que desaparecieron de la Biblioteca Nacional. Bastante hablaron de esto por la tele y en los periódicos a partir de agosto, y tú llevabas ya varios meses con él en casa.

—Pues yo creo que te equivocas. ¿Qué te hace pensar que son los

mismos?

—¿No te parece casualidad que apareciese en casa en las mismas fechas en que fue robado? —Zi hizo un gesto de protesta e iba a empezar a negar, pero Guido levantó la mano, con la palma en señal de stop, y sin darle tiempo a decir nada siguió — los comparé cuando salieron las fotos en los periódicos.

Zi se levantó indignada.

—¡Has hurgado en mis papeles!

—No, en tus papeles no. En los de la Biblioteca Nacional.

—Pues para que lo sepas esos mapamundis han aparecido en Australia. Así que...

—“Así que” uno de ellos salió de aquí un mes y medio antes, y cuando volvieron a la Biblioteca Nacional y los expusieron en marzo pasado, fui a verlos, y uno de ellos es el que estaba en casa. Sé muchas cosas, Zi. Yo no quiero darte la lata, pero intento estar al día. Ten en cuenta que estoy más tiempo en casa que tú. Y que, aunque tenga sólo doce años, me entero de más cosas de lo que tú te crees. Como por ejemplo esas dos maletas del armario del pasillo, siempre llenas con nuestra ropa que cambias todas las semanas y que tienen hasta unos neceseres con cepillos de dientes y todos tus potingues, nuevos. Como si estuviésemos siempre listos para irnos de viaje. Al principio creí que era una sorpresa, pero...

Zi se volvió a sentar, vencida. No sabía bien qué decir. Este muchachito había crecido muy deprisa. Tal vez demasiado. Parece que fue ayer cuando les anunciaron la desaparición de sus padres, en el 2004, y ya habían pasado cuatro años. Luego habían tenido que dejar la maravillosa casa donde vivían con ellos y mudarse a la periferia. A un adosado con parcelita y piscina comunitaria, donde la ocupación principal de los vecinos era pasar los sábados por la tarde después de la película, en los centros comerciales, para luego ir a misa de las siete evitando así tener que ir el domingo por la mañana. Y los domingos por la mañana lavando los coches y cortando sus cinco metros cuadrados de césped, para poder recibir a los vecinos y hacer otra maldita y ruidosa barbacoa, apestosa e inacabable.

—Bueno Guido, ya es tarde. Hablaremos de todo esto otro día, ahora no es momento, tienes examen mañana y Natalia me está esperando abajo.

—Como quieras. Yo no tengo<sub>12</sub>prisa.

Zi se agachó sobre el muchacho y le dio un beso en la frente.

—Buenas noches Guido, hasta mañana hermanito.

—Hasta mañana. Deja la trampilla abierta por si vuelve Lennon.

—Vale.

Zi salió, entrecerró la puerta de la habitación, esperó unos segundos mientras oía la voz de Guido decir: “¡Luces apagadas!”. Miró cómo la luz que se filtraba por la rendija de la puerta disminuía de intensidad hasta desaparecer por completo.

Bajó por la escalera sin hacer ruido, pensando en la cantidad de inventillos de su hermano que la dejaban perpleja. Sentía una profunda admiración por este pequeño renacuajo que con doce años, era capaz de meterse en los mundos de Internet más recónditos, descubrir los pases secretos de las Web mediante programas suyos, mover cámaras de vigilancia a distancia para ver qué pasaba en las oficinas, en los almacenes y centros comerciales o programar un PLC<sup>1</sup> para sus robots y sus trampas.

Tenía toda la casa supuestamente protegida, lo cual ya les había costado más de un disgusto. Como el día en que el cartero, quien, con toda su buena voluntad, intentando entregar un paquete certificado, pasó al jardín sin esperar a que le abriesen la puerta y se vio empapado de los pies a la cabeza en unos segundos porque una célula de detección de paso abrió las electro válvulas de cinco aspersores que apuntaban directamente al caminito de la puerta.

O el día en que el gato del vecino gruñón de enfrente, se coló por enésima vez por la ventana de la cocina, en busca de las sobras de Lennon, y se encontró con una red que cayó del techo y le envolvió, atrapándolo. Esto no hubiese sido ningún problema, si no fuese porque precisamente ese fin de semana, no estaban, y que el gato, arrastrándose como buenamente pudo por la encimera, tiró todo a su paso y luego al caer al suelo, medio cogido, medio suelto por las mallas de la red, se rompió una pata y estuvo maullando hasta que los vecinos llamaron a los bomberos. Estos rompieron la puerta para rescatarlo. A Zi le costó Dios y ayuda que el vecino no les pusiera una denuncia.

---

<sup>1</sup> PLC Programmable Logic Controlers o Controlador Lógico Programable. Que permite controlar con señales eléctricas aparatos, testores...

## 2

—¿Ya está? —preguntó Natalia.

—Sí, tiene un examen mañana al llegar al cole.

—No te preocupes, conociéndolo, seguro que lo tiene más que estudiado. Qué rollo lo del cuento de Alejandro. Debe de sabérselo de memoria, se lo cuentas todos los días, y encima por capítulos.

—Sí, desde siempre. Papá empezó a contárselo cuando era pequeño. Era muy puntilloso con los detalles. Siempre igual, con las mismas palabras. Como si se tratase de una obra de teatro que Guido tuviese que saber de memoria. A mí me ponía de los nervios, pero a Guido le gusta. Es como un ritual. Y ahora que ya no están, es como tenerlos aquí con nosotros. Se lo sabe mejor que yo, y cuando me desvió una sola palabra, me corrige. — Estuvo callada un instante y cambió de tema—. Vamos a la cocina a ver qué encontramos para cenar.

Natalia era la vecina del adosado. Dormían pared con pared, lo cual dejaba pocos secretos a sus respectivas vidas amorosas, que comentaban entre risas y burlas simpáticas. Era una chica alta y desgarbada, con un pelo pajizo en todos los sentidos de la palabra. Solía ir con unas mallas y una camiseta. Todo lo contrario de Zi, que era menuda, de estatura mediana, con una melena morena y brillante cuyos rizos le bajaban hasta media espalda, y que solía ir siempre con “falditas o vestiditos” llamados así por su amiga, debido el escaso metraje de tela utilizado en su confección. Las formas de las que carecía Natalia, Zi las tenía con creces y en su sitio.

Habían hecho buenas migas nada más llegar al barrio. Natalia les dio la bienvenida con una pizza el mismo día en que se instalaron. Era una de estas separadas treintañera, sin hijos, que se comen la vida a grandes mordiscos. Justo lo que Zi, con sus veintiocho<sub>14</sub>años, necesitaba en estos momentos:

alegría y buen humor. Salían a bailar y a divertirse una o dos veces al mes cuando podía dejar a Guido a buen cuidado. El resto del tiempo, se veían varias veces a la semana en casa de Zi, lo que era más cómodo para el muchacho.

Natalia era jefa del departamento de compras de una importante empresa de regalos promocionales, cuyo principal accionista era su padre. Con lo cual viajaba mucho al resto de Europa y a China, mientras que Zi tenía un puesto de poca importancia en la Biblioteca Nacional, que le dejaba mucha libertad.

—¿Qué tal te va en la Biblioteca Nacional?

—Bien. Como siempre. La rutina y el aburrimiento del trabajo bien hecho.

—¿Tienes noticias de Abdel Aziz? Lleva casi un mes fuera, ¿no? A ver si vuelve pronto para que se pueda quedar con Guido y podamos salir de marcha.

—La verdad es que me tiene un poco preocupada. No suele estar tanto tiempo fuera y menos sin dar noticias.

Abdel Aziz era el mayordomo, hombre de confianza, amigo... en fin, resultaba difícil definir cuál era el papel que desempeñaba en la familia. Tendría unos cincuenta años, era cuidadoso, meticulado y a la vez podía ser un verdadero bruto testarudo. Mediría un metro setenta y cinco más o menos, piel mate color aceituna, extremadamente delgado pero con una fuerza que nadie sospecharía, llevaba al pelo muy corto y una perilla. De nacionalidad egipcia, aunque alguna vez comentó que, en realidad, su familia era de origen persa. Llevaba con sus padres desde que ella tenía recuerdos. No era muy hablador pero cuidaba de la familia Zenatti como si de su vida dependiera. Sobre todo desde la desaparición de sus padres. Era como tener a un ángel de la guarda siempre presente. Incluso a veces resultaba pesado tener esa sombra pegada al cuerpo. Pero se llevaba muy bien con Guido, cuidaba del muchacho con veneración y con un cariño poco común, sin por ello pasarle sus caprichos por alto. Incluso le había confesado una vez al niño que su familia estaba al servicio de la suya desde hacía generaciones y generaciones. Era como una tradición. El<sub>15</sub>primogénito varón de su familia se

Llamaba siempre Abdel Aziz y pasaba al servicio de la familia cuando el que estaba en funciones ya no podía asumir el puesto. Cuando Guido se lo contó a Zi, ésta sonrió viendo cómo el muchacho se había tomado al pie de la letra otro de los relatos del Egipcio. Últimamente se ausentaba con más frecuencia, pero nunca más de unos días, a lo sumo una semana. A Zi le preocupaba que llevara tanto tiempo fuera. Se sentía como desprotegida.

Se oyó un estruendo en la entrada seguido de un ladrido. Las dos chicas se asomaron al unísono a la puerta de la cocina justo a tiempo para ver cómo Lennon se abría camino desde su trampilla de entrada, a través de unas cajas de cartón con cacharros de plástico y la bolsa de la basura.

—Lennon, lo siento, se me olvidó dejar tu trampilla libre. Ven aquí golfo, ¿dónde te habías metido?

Zi se agachó para acoger al perrito que venía trotando hacia ella con la lengua fuera y los ojos chispeando de alegría traviesa. Era un “siete leches”, como decía Zi, una mezcla de madre Jack Russel y padre desconocido, blanco con manchas marrones colocadas como por un estilista. Una de ellas alrededor del ojo izquierdo que le daba un aire de golfo pependenciero. Tenía barbita y pelitos en la cola pero dominaban los genes de la madre.

Cuando se lo ofrecieron a Guido, hacía ya cuatro años, y lo tuvo que elegir de una camada de cinco, no hubo dudas por parte de ninguno de los dos. El cachorro vino directamente a ver a Guido, éste lo cogió en brazos y se lo llevó diciendo: “te llamaré Lennon”.

Lennon se deshizo de las caricias de su ama y se dirigió directamente a su cazuela. Se quedó parado admirando la profundidad de su vacío y emitió un ladrido mirando fijamente a Zi, ladeando la cabeza.

—A éste sólo le falta hablar, —dijo Natalia.

—Sólo me faltaba esto. Bastante tengo ya con uno que habla en casa. Y tú, golfo, ¿crees que puedes desaparecer tres días y luego venir exigiendo?

Lennon se sentó en su trasero moviendo rápidamente su pequeña cola que batía el suelo con sonido rítmico y sordo, mientras enseñaba los dientes como sonriendo, y emitía un gemido agudo y quejumbroso.

Zi suspiró, se dirigió a uno de los armarios de la cocina, al lado del frigorífico, lo abrió bajo la atenta mirada<sub>16</sub> de Lennon cuyo rabo atacaba ya el



redoble final, sacó una caja de comida para perro y volcó un puñado en la cazuela. Lennon emitió un suspiro de placer y empezó a devorar lo que le habían puesto, olvidándose del resto de la humanidad.

—Seguro que lleva tres días sin comer.

—Eso parece. Bueno, a ver qué comemos nosotras, —dijo Zi abriendo el frigorífico.

—¡Qué tonta soy! —exclamó Natalia—, si he comprado rollitos de primavera, arroz, fideos chinos, y pato Pekín en el chino del centro comercial al venir esta tarde. Mañana después del trabajo me voy de fin de semana con Eduardo al Parador<sup>1</sup> de Aiguablava, en Girona, y no pensaba cocinar. Ya tengo hecha hasta la maleta.

—¡Tú sí que no pierdes el tiempo! ¿Eduardo el del club de vela de este verano?

—Sí.

—Pero, ¿no estaba casado con la rubia esa del pelo corto que no lo dejaba solo ni un segundo? ¿La que nos ponía malas caras cuando nos tocaba en su embarcación y nos reíamos con él?

—Me ha llamado el lunes diciéndome que su mujer tiene que irse con los niños unos días al pueblo porque su padre tiene que vender unas tierras y necesitan su firma.

—Ya me contarás cómo se lo monta, —le dijo Zi con malicia.

Las dos juntas eran un terremoto, no paraban de reírse, siempre había un motivo para estar alegres y disfrutar de las situaciones. No pasaban desapercibidas, atraían por su sensualidad y su naturalidad, sobre todo al género masculino. Pero bajo este aspecto exterior frívolo, había dos mujeres con una inteligencia más que probada.

—Bueno, voy a buscar la cena a casa. Saca los palillos y la cerveza china que estoy de vuelta en dos minutos.

—Yo no tengo cerveza china.

—Pues saca un vinito.

—Eso sí.

Natalia salió riéndose y dando un portazo, seguida por Lennon que se

---

<sup>1</sup> Paradores de España. Cadena hostelera española.

apuntaba a todas, sin haberse olvidado antes de dar al botón verde que inhabilitaba la célula de los aspersores de Guido, el tiempo suficiente para llegar a la calle.

Tres minutos después llamaba a la puerta del jardín y se quedó esperando en la calle a que Zi abriese la puerta de la casa y apretase el botón verde, ya que ella no tenía la llave del pulsador de fuera. Esto era ya cosa habitual. Incluso los vecinos lo sabían. El único que no tenía problemas era Lennon, porque Guido había puesto la célula por encima de su altura, cola incluida. El sistema quedaba inhabilitado hasta que se cerrase de nuevo la puerta de la casa, momento en el cual se producía el rearme del mecanismo, en sesenta segundos.

—He puesto la mesa en el salón, ¿te parece?, así podremos ver una película.

—¡Vale!, pongo la comida a calentar en el microondas.

### 3

Habían terminado de cenar hacía tiempo. La mesita del salón estaba abarrotada de restos de comida china.

La película era entretenida pero Natalia estaba pensando en sus cosas. Contemplaba el espacio agradable del salón comedor. Las paredes pintadas de amarillo limón pálido, casi blanco. Los muebles de madera, claritos, el sofá verde pastel y la única butaca de orejas blanco crudo, dominio conquistado e intransferible de Lennon con su mantita favorita, roja pelotillosa. Las paredes con cuadros y reproducciones de pinturas importantes. Todo muy bonito y confortable, pero podría ser la casa de cualquiera. Una casa de desconocidos en una revista.

Natalia se acababa de pecar: no había nada en toda la casa que recordase alguna vida pasada, algo que tuviese relación con una familia, algo de más de cuatro años. ¿Por qué? Sabía que los padres de Zi eran historiadores y arqueólogos y que la llamaron Zi porque su madre, Isabel, junto a su padre Massimo, llevó su embarazo durante una excavación en la orilla del río Zi, en la provincia china de Huan a pocos kilómetros de su desembocadura en el lago Donting.

También sabía que sus padres habían desaparecido en Irak, cerca de Bagdad en 2004, en plena guerra. Pero nadie parecía saber qué hacían allí.

Miró a Zi. Toda una belleza, con un cociente intelectual fuera de lo normal, igual que su hermano. Se notaba su ascendencia italiana y egipcia. Tenía la piel dorada todo el año, esas pieles aterciopeladas que apetece acariciar, ojos verde oscuro con largas pestañas, coronadas por unas cejas pobladas, aunque bien definidas, que le daban un aspecto salvaje, y una nariz recta, tal vez un poco larga, que definía perfectamente su carácter fuerte y temperamental. El pelo largo y brillante, le caía en bucles y tirabuzones hasta media espalda. Su cuerpo, menudo y nervioso, con todas las formas que

una mujer pueda desear, parecía esculpido por un artista escrupuloso en respetar los arquetipos femeninos. Zi siempre iba vestida ligerita, no soportaba llevar capas de ropa, con lo cual era muy común que los hombres se quedasen mirándola más tiempo de lo normal. No se daba cuenta, ni se daba por aludida, era una actitud normal en ella, sin malicia. Y si en algún momento se podía entrever algo debajo de su vestido, qué más daba, ¿no la veían en bikini en la playa?

Esta noche, mientras Zi acostaba a Guido, Natalia había subido al cuarto de baño, puesto que el de abajo estaba reservado al pulguero de Lennon, y al salir no había podido evitar oír a Guido hablar del mapamundi y las maletas. Ahora intentaba atar cabos. Desde hacía dos o tres días había un coche aparcado en la calle con dos personas a bordo. Había pensado que eran guardaespaldas del guardia civil o del concejal que vivía en la urbanización. Pero ahora tenía dudas. ¿Y si estaban allí por otra razón?

—Natalia. ¿Qué te pasa? ¿Dónde estás?

—¿Ya ha terminado?

—No, es el intermedio.

—Pues vamos a aprovechar para recoger todo.

—¿Natalia, te pasa algo?

—Nada déjalo, se me pasará.

Recogieron todo en silencio. Natalia evitaba la mirada de Zi. Y cuando la situación ya se puso incómoda Zi la cogió por la mano, la sentó en una silla de la cocina, se sentó frente a ella, y mirándola a los ojos, dijo:

—Natalia, hace ya cuatro años que nos conocemos. Sé que te pasa algo. Haz el favor de soltarlo ya.

—Vale, no es nada que me incumba y no quiero meterme en tu vida, pero antes, cuando estabas con Guido en la habitación, subí al cuarto de baño y oí parte de vuestra conversación. Lo siento, no es que escuchara detrás de la puerta, sólo pasaba por allí.

—Bueno, no pasa nada. No hay nada especial en que oigas lo que cuento a Guido.

—Yo me refería a lo que Guido te decía a ti.

—Pues no sé a qué te refieres, —dijo Zi intentando eludir el tema.

—A lo de los mapamundis de la<sub>20</sub>Biblioteca Nacional.

—¡Ah!, a eso.

—Sí, a eso.

—Bueno, fantasías de niño, no hagas caso.

—Mira Zi, tú me has preguntado. Te aprecio mucho, y os considero parte de mi familia, incluido Lennon. Así que si tú me dices que no pasa nada, pues no pasa nada. Pero entonces no me preguntes qué me pasa a mí. ¿Vale? Porque la verdad es que estoy un poco inquieta, tal vez me estoy volviendo un poco paranoica, y cuando veo gente rara sentada en un coche horas y horas vigilando nuestra calle...

—¿Qué dices de gente rara en un coche vigilando nuestra calle? Yo no he visto nada —dijo Zi con voz alarmada.

—Pues están al principio de la calle, donde las pistas de tenis.

—¡Joder! No los he visto.

—Pues llevan allí tres noches y dos días.

—¿Los mismos?

—No lo sé, No me he acercado a verles la cara. Además ya sabes que no soporto las lentillas y que las gafas de ver no me favorecen. Lo que sí sé, es que el coche es el mismo y que no se mueve del sitio en el que está aparcado. Y es una matrícula reciente. Yo pensaba que eran escoltas de algún político amenazado, como tenemos a un concejal aquí al lado... Además están en una posición estratégica, no se puede salir a la calle sin que lo vean.

—¡Joder! —repitió Zi. Tenía aspecto medio cabreada, medio asustada.

—¿Qué pasa Zi?

—Nada.

—Ahora me toca a mí. Acabas de soltar dos tacos seguidos. Si estás en un aprieto, dímelo. Piensa que no estás sola. Está Guido. Y Lennon, añadió con una sonrisa cariñosa.

Zi le devolvió la sonrisa y se relajó un poco. Abdel Aziz no estaba aquí. No podía permitirse poner a Guido en peligro, y Natalia era cien por cien de fiar. De hecho ahora la había involucrado también a ella.

—No sé si estoy en un lío. No tiene porqué. Lo del mapamundi fue el año pasado y nadie puede relacionarme. Si te cuento algo te hago cómplice. Cuanto menos sepas, mejor. Y no me parece honesto por mi parte comprometerte.

—Eso lo tengo que decidir yo. Y<sub>21</sub> siempre me han gustado las películas

de ladrones de guante blanco.

—Voy a echarle un ojo a ese coche. ¿Te vienes conmigo?

—Vamos.

Salieron por la puerta de atrás al jardincito de la casa seguidas de Lennon, jadeando de placer ante la perspectiva de una excursión nocturna.

Pasaron la verja de la valla del fondo que rechinó sobre sus goznes.

—Tendré que pintarla y engrasarla este verano —dijo Zi por enésima vez, sabiendo que dentro de treinta segundos ya se le habría olvidado y que la puerta se quedaría un año más como estaba. Seguramente hasta que se cayese al suelo y ya no hubiera solución.

—¿Por dónde vamos? —preguntó Natalia.

—Podríamos rodear la piscina. Dime tú por dónde piensas que es mejor. Por lo menos tienes localizado el coche. Habría que llegar a su altura sin que nos vean.

—¿Y si nos descubren?

—Pues podemos hacer que estamos paseando al perro... Voy a por la correa —dijo Zi, y salió corriendo hacia la casa.

Volvió al poco rato con la correa de Lennon en la mano y unas bolsas de plástico “recoge cacas” en la otra.

—¿Dónde vas con eso? —preguntó Natalia.

—Es para que parezca más verídico, hoy en día nadie saca a pasear a su perro sin la correa y las bolsitas negras. Le contestó Zi agachándose para enganchar a Lennon por su collar.

—Si tú lo dices. —se burló Natalia. —Vamos a rodear la piscina. Luego entraremos en las pistas de tenis por el lado de las cabinas. Así llegaremos al coche desde atrás, y sobre todo estaremos más protegidas por lo que queda del murete.

—Es verdad y en esta parte el seto de hiedra está bastante bien —dijo Zi mirando su reloj, eran ya las doce de la noche.

—Si estos tíos están aquí por ti y nos ven...

—¿Si nos ven, qué? —preguntó Zi parándose en seco.

—Pues no lo sé. Y es lo que más nerviosa me pone. No saber qué es lo

qué va a pasar, ni qué alternativas tengo.

Zi asintió con la cabeza y se pusieron en marcha.

Rodearon la piscina, caminando despacio con Lennon tirando de la correa en todas direcciones.

Hacía una noche maravillosa de final de junio. El cielo estaba completamente despejado y una luna casi llena brillaba tanto que daba una impresión de profundidad infinita al azul oscuro. Había tanta luz que apenas se podían distinguir todas las estrellas. Una pequeña brisa dejaba una sensación cálida sobre la piel desnuda de sus hombros.

La pequeña urbanización estaba construida en semicírculo alrededor de la piscina. Todos los adosados tenían su diminuto jardín privado que los separaba de la parte común. Durante el fin de semana, en esta parte pululaban los niños, adolescentes y padres, bañándose y armando jaleo. Ahora sólo se escuchaba el sonido de los grillos entrecortado por el quehacer cotidiano de algunas familias terminando de cenar o de ver la película, saliendo de alguna ventana abierta, detrás de los setos,.

A su izquierda se hallaban las pistas de tenis, que daban a la calle de Zi y Natalia, y a la derecha el portal de emergencia que daba a la otra calle, la que salía de la urbanización. Pero más valía que no hubiese emergencia porque aquello era un amasijo de objetos viejos, sillas, mesas, un balancín destartado y más cosas, que los niños utilizaban para hacer sus cabañas y guaridas.

Rodearon las cabinas de las duchas comunes. Lennon seguía marcando su territorio encantado con la excursión improvisada.

—Este perro tiene un camión cisterna en lugar de vejiga —dijo Natalia en voz baja.

—¡Calla!, allí está la puerta de las pistas de tenis.

Se pararon las dos en el hueco de la puerta. La alambrada que separaba las pistas del resto del recinto estaba completamente oxidada y la puerta yacía en el suelo a pocos metros de la entrada cubierta de hojas secas, bolsas de plástico y otras porquerías no identificadas. Más allá, los restos de la red describían un arco entre los dos postes, el centro arrastrando por el suelo, entre otro montón de basura. Pero algo seguía haciendo que el lugar fuese especial. De pronto Zi lo entendió, ¡eran los grillos! Aquello estaba lleno de grillos, que se lo estaban pasando<sub>24</sub> pipa dando un concierto. Zi se pro-



metió que en la próxima junta pediría que se tomase una decisión respecto a las pistas de tenis. Pero para eso tendría que ir, por fin y por primera vez, a una junta. Bueno, si tenía tiempo, si no, qué más daba, ella nunca pisaba por allí, ni le gustaba el tenis.

Al fondo se veía el murete, el seto y la alambrada que daba a la calle.

—Qué de mierda —dijo Zi en voz baja—. ¿Y ahora qué hacemos?

—Pues, pienso que podríamos bordear la pista por la derecha, hay menos porquería en el suelo, hasta el principio del murete, y luego lo seguimos un poco, agachándonos, hasta el coche. Debe de estar justo donde el murete está derrumbado.

—Vale, te sigo.

Natalia la miró de reojo y se puso en marcha, Zi detrás de ella y Lennon pisándole los talones, cómplice de la maniobra.

Iban cada vez más despacio. Aguantaban la respiración cada vez más, sin darse cuenta. Cada dos pasos Natalia asomaba la nariz por encima del murete para ver por dónde iban. Cuando llegaron al final, donde la pared se había caído ya estaban en apnea.

El follaje del seto era bastante denso y no dejaba ver bien la calle. Entonces se oyeron voces de hombre.

—Pásame el Ketchup por favor —dijo el primero en español, con un fuerte acento anglosajón.

—Toma —respondió una voz con la boca llena.

Luego sólo se oyeron bocas masticando. Natalia se puso de rodillas y se asomó para mirar por debajo del seto, donde había menos vegetación. Se echó para atrás bruscamente y le cuchicheó a Zi:

—Estamos justo a la altura de la rueda delantera. Se ve perfectamente la cara del conductor. ¿Te quieres asomar?

—Vale, déjame sitio.

Natalia se retiró despacio sin hacer ruido y Zi ocupó su lugar. Se puso de rodillas y empezó a asomarse. La postura era bastante incómoda, al vestidito le faltaba tela, cuanto más estiraba el cuello y el cuerpo para asomarse, más corto se quedaba. Para cuando alcanzó a ver algo ya lo tenía por los riñones, y claro está, a Lennon husmeando donde no debía. Se retiró despacio para no hacer ruido. Natalia tenía a Lennon cogido en sus brazos para que dejase de dar la lata.

Zi se puso de pie ajustándose la ropa. Lo que había visto no le había gustado nada, ahora quería ver quién era el otro hombre. Así que se asomó por encima del murete y apartó despacio, muy despacio, las ramas que le impedían ver el coche. Por fin empezó a ver algo. El conductor se veía perfectamente, pero a éste lo tenía muy visto. ¿Quién sería el otro? No alcanzaba a verlo, estaba en una parte poco iluminada. Entonces, el hombre se inclinó para coger su lata de refresco del salpicadero y entró en el campo de luz de la farola.

Zi se echó bruscamente para atrás pero tuvo el reflejo de no soltar de golpe las ramas. Se sentó al lado de su amiga.

—¡Qué! Parece que has visto el demonio.

—JODER, JODER, JODER. No entiendo nada —dijo Zi entre dientes. Su boca, habitualmente sensual, con esos labios que atraían tanto las miradas, se había quedado en un hilo. La nariz pinzada y la respiración entrecortada. Estaba pálida.

—Tranquila, vámonos de aquí con mucho cuidado y luego me lo cuentas.

Entonces ocurrió lo que no debería de haber ocurrido. Uno de los hombres eructó con saña y luego se rió a carcajadas. El resultado inmediato fue un ladrido de Lennon seguido de gruñidos y revoltijos para soltarse de los brazos de Natalia que ponía todo su empeño en retenerlo. Cuanto más lo retenía, más luchaba Lennon.

Todos los grillos se callaron.

—¡Qué coño pasa aquí! —dijo la voz que no tenía acento americano. Se oyó cómo las dos puertas del coche se abrían. Y luego los pasos que se acercaban a la valla.

Zi se precipitó sobre el collar de Lennon y con un gesto rápido y preciso le soltó la correa. Luego lo cogió de los brazos de Natalia y, como pudo, lo lanzó literalmente por el hueco del murete. Lennon que ya venía caliente de que lo hubiesen retenido se enzarzó con los dos hombres, los cuales sintiéndose seguros por la valla, pegaron patadas a la alambrada para provocarle más. El del acento dijo:

—Ven aquí chuchó, ven. —Y abriéndose la bragueta intentó mearle encima. Pero Lennon, a quien Guido de pequeño le había hecho eso varias veces jugando, no lo cogió desprevenido. Se echó para atrás y se fue tranquilamente hacia la puerta de las<sub>26</sub>pistas, obsequiándolo con su indife-

rencia.

—*Fuck off, fucking dog!!*<sup>1</sup> —dijo volviéndose al coche.

Sonaron las dos puertas del automóvil al cerrarse.

—¡Qué susto me ha pegado el chucho éste, coño!

—Yeah, I was scared too<sup>2</sup>.

—Procura no montar demasiado follón. La gente suele ser bastante cotilla. No me apetece tener problemas.

—¡Qué más nos da! —dijo el del acento—. Esta noche lo vamos a dejar resuelto, ¿no? Entonces qué importancia tienen los vecinos. El coche no existe, las matrículas son falsas, así que, cuando nos vayamos, ¿dónde van a buscar? No tienen apenas contacto con los vecinos. La gente de la urbanización ni los conoce. El niño casi no juega con los chavales de aquí.

—¿Y la vecina?, la delgadita larguirucha del adosado.

—¿Te gusta, eh? Ya he visto cómo la miras cuando pasa por la calle.

—Pues sí, tiene algo. Ya le metía yo un viaje.

—Nos tendremos que ocupar también de ella. Pero todavía es pronto, ten paciencia. Vamos a esperar por lo menos media hora después de que apaguen sus luces y luego entramos. De todas maneras tenemos que esperar a que lleguen mis hombres. Han ido a descansar de la última guardia, estarán al llegar. Tú, ¿cómo te encuentras?

—Cansado y nervioso, es mi primer secuestro.

—No te preocupes, cuando estén en lugar seguro cobras y te largas.

—¿Y qué pasa con la larguirucha?

—Le puedes hacer unos mimos antes de irte. De todas maneras no la necesitamos, no forma parte del plan, y sería un estorbo quedarnos con ella. Mis jefes han sido muy claros, sólo la familia Zenatti y los documentos, todo lo demás ha de eliminarse, sobre todo si hay riesgo de filtración.

Un escalofrió sacudió a Natalia de pies a cabeza. Era una chica alta y delgadita. Habría destacado en los años 20, en la época del charlestón. Tenía clase, y un porte nato. Siempre lucía, se pusiera lo que se pusiera. Muchas veces ni se maquillaba. Era fácil perderse en la visión de sus interminables piernas. Tenía mucho éxito con los hombres pero no cuajaba nunca, porque parece que las mujeres demasiado inteligentes dan miedo. De todas mane-

---

<sup>1</sup> Largo, chucho asqueroso.

<sup>2</sup> Yo también me asusté.

ras, Natalia ya había probado las ataduras y no le apetecía volver a encadenarse de momento.

Estaban las dos sentadas hombro con hombro, paralizadas. No habían emitido el más mínimo sonido desde que Lennon había ladrado por primera vez. Se quedaron sin moverse, sin mirarse y sin respirar una media hora oyendo a los dos hombres que charlaban sobre banalidades sexuales de machitos confirmados.

Lennon las sacó del coma, honrándolas con una visita de cortesía.

—Vámonos de aquí —dijo Zi con una voz a penas audible.

Operaron una retirada lenta y cuidadosa hasta la puerta de las pistas. A partir de allí empezaron a andar cada vez más deprisa. Llegaron a la reja del jardín de Zi a plena carrera y sin aliento. Entraron en casa en silencio. Pasaron a la cocina, Zi sacó una botella de coñac de cocinar del armario y dos copas.

—¿Te vas a tomar esto? —dijo Natalia mirándola con ojos redondos.

—Necesito un lingotazo y no hay otra cosa en casa, ¿quieres? —contestó Zi señalándole el otro vaso.

—Sí. Creo que yo también lo necesito.

Zi terminó de servir su copa hasta arriba e hizo lo mismo con la otra, luego se la tendió a Natalia cogiendo la suya con la otra mano. Las dos vaciaron el brebaje de un solo trago.

—¡¡Uarjjj!!, ¡qué malo! Me va a destrozar el estómago. Te puedo decir por dónde ha pasado, cómo quema. Prefiero el garrafón de la discoteca —se quejó Natalia dejándose caer sobre la silla de la cocina—. Y ahora ¿qué hacemos?

Zi se precipitó al salón y encendió las luces bajas y la televisión. Natalia que la había seguido asintió con la cabeza.

—Así se supone que todavía estamos viendo la televisión o charlando. No se puede ver el interior de la casa desde la calle, pero sí se distinguen los cambios de luz de las imágenes de la televisión. Vamos a la cocina a organizarnos.

Fueron a la cocina y se sentaron. Zi volvió a llenar las copas con el coñac de cocinar pero esta vez sólo hasta la mitad, tampoco era cuestión de emborracharse o de destrozarse el estómago.

—¿Y bien? —empezó Natalia, antes de dar un sorbito de su vaso.

—Creo que mejor será que te lo cuente todo, pero ahora no es el momento porque va para largo y tal vez sea mejor largarnos rápido de aquí. Conozco a los dos tíos que están fuera en el coche. Pero no veo qué hacen aquí, ni qué relación tienen con mi investigación personal.

—¿Y de qué los conoces?

—El del acento es un yankee de la embajada americana. Un tal Frank Bowell. Se le ha concedido un carné de investigador y lleva tres meses dando la lata en la Biblioteca Nacional.

—¿Y el otro, al que le gustaría “meterle un viaje a la larguirucha”?

—Es el nuevo guarda jurado de vigilancia de la entrada. El que está al lado de la máquina de rayos. Es un gordito asqueroso que está más pendiente del culo de las tías que de lo que pasa por la pantalla. Éste lleva sólo unas tres semanas allí y no tengo ni idea de cómo se llama.

De pronto la bandeja de metal de la entrada empezó a vibrar cada vez más fuerte. Zi salió disparada de la cocina.

—¡El móvil! —dijo al salir.

Lo cogió y lo abrió para hablar<sup>29</sup>mirando el nombre que aparecía en

la pantalla.

—Edgard. Qué oportuno. Tenemos un problema serio, y Abdel Aziz no ha vuelto.

—Lo sé. Por eso te llamo. Me acaban de avisar. Tenéis que salir de allí ahora mismo, ya lo hemos hablado más de una vez. ¿Lo tienes todo preparado, verdad? —La voz grave con fuerte acento argentino era inconfundible.

—Sí, claro —contestó Zi.

—Entonces no pienses. Actúa. Coge a Guido, las maletas, y sal de allí cuanto antes. Sin que nadie te vea. Te llamaré en cuanto pueda, seguramente dentro de unos días. Ahora tengo que dejarte, a mí también me acosan. Buena suerte.

Zi cerró el móvil, pensativa.

—¿Cómo ha podido saber lo que pasa aquí estando en Buenos Aires? Como decían mis padres, éste tiene las manos muy largas.

—¿Qué pasa? ¿Quién era?

—Esto es otra historia muy larga. Resumiendo, se llama Edgard Rossi y es un amigo de carrera de mi padre. Es anticuario especializado en Historia Antigua y Egipcia del Imperio Antiguo. Está establecido en Argentina, en Buenos Aires. Me está ayudando en mi investigación desde que mis padres han desaparecido. De hecho ha sido él, el que me ha metido en esto. En casa lo hemos considerado siempre como alguien especial. Mis padres decían que si me hubiesen bautizado habría sido mi padrino. También decían que es una persona extremadamente paciente, inteligente y ambiciosa, que siempre consigue lo que se propone, aunque tenga que esperar mucho tiempo. Así que estamos en buenas manos.

—Bueno y ¿qué te ha dicho?

—Que nos larguemos de aquí cuanto antes —contestó Zi abriendo el armario y sacando tres bolsas de viaje medianas.

—Voy a por mi maleta. Pasaré por la puerta de atrás.

—Natalia, está cerrada con llave y se te ha roto la llave dentro de la cerradura la semana pasada. Por esto has tenido que ir a por la comida china por la puerta de la calle.

—Es verdad. Y ahora ¿qué hago?

—Mientras no te vean salir de aquí a tu casa y no apaguemos las luces, no van a intervenir. O por lo menos<sub>30</sub>eso han dicho. Propongo lo siguien-

te: despertamos a Guido, preparamos todo. Cuando estemos listos te vas a casa por la puerta de la calle y nos despedimos efusivamente. Coges tu maleta y sales por la ventana del cuartito que da al jardín, sin antes haberte olvidado subir a tu cuarto y dejar encendida la luz de la mesilla de noche.

—Es lo más sensato. Vamos a despertar a Guido. —Natalia miró su reloj—. Es la una y cuarto. A la una y media tenemos que estar fuera, ¿te parece?

—Lo más difícil va a ser poner a Guido en marcha. Cierra la puerta, sólo nos faltaría que Lennon se escape en el último momento.

Natalia cerró la puerta del jardín, y las dos subieron a las habitaciones. Entraron en la de Guido. El niño estaba dormido, tripa arriba, con las manos detrás de su cabeza, con esa carita de paz y tranquilidad que sólo los niños saben tener cuando duermen.

Zi se sentó a su lado y le pasó la mano por el pelo. Más valía perder un poco de tiempo al despertarlo, Guido podía tener un mal despertar que duraba horas. Esto era de familia, no se libraba ni uno.

El muchacho suspiró y cambió de posición. La cosa no iba a ser fácil.

—Guido, despierta —dijo Natalia con voz suave, pasándole la mano por la espalda.

Zi se acercó a su oído y dijo con voz clara y firme, articulando y separando bien las sílabas:

—Cho-co-la-te.

Guido abrió un ojo, y viendo a las dos chicas inclinadas sobre su cama, abrió del todo los ojos y se medio incorporó sobre los codos.

—¿Qué? —el tono de voz era inquisitivo y preocupado.

—Nos vamos de viaje —dijo Zi.

—¿Mucho tiempo?

—Puede que sí.

—¿Hoy es ayer o mañana? —preguntó el muchacho.

Luego le echó una mirada rápida al artefacto que reinaba sobre su mesilla de noche.

—¡Es la una y veinte de la madrugada!

—Tienes cinco minutos para vestirte, yo me voy a poner unos pantalones y unas zapatillas de deporte. Ponte algo práctico, por favor —le dijo Zi saliendo de la habitación.

—Te vas a poner unos pantalones... Nos vamos de viaje a media noche... ¡Los del coche de la calle vienen a por nosotros! ¡Lo sabía!

Zi se paró en seco y se quedó mirando a Natalia. Luego sacudió la cabeza y salió diciendo:

—Natalia, vigila que este listillo lo haga todo bien en un tiempo record.

Guido se levantó, ordenando: “¡Luces encendidas!”, y las luces de la habitación se fueron encendiendo poco a poco hasta iluminar todo. Entonces se fue a su armario, sacó su ropa y se vistió en silencio. Luego trepando por las repisas abrió la parte de arriba del armario y alargando el brazo sacó una mochila de tela azul.

—Cógela por favor, Natalia.

Natalia le ayudó a bajar la mochila al suelo.

—Esto pesa, ¿qué llevas ahí dentro?

—Mis cosas para este viaje. Sólo me queda añadir mi portátil, y esto, y esto también.

—¿Ya está?

—Sí.

—Pues vamos para abajo.

Salieron de la habitación en dirección a las escaleras.

—Zi estamos listos, ¿por dónde vas?

—Ya estoy —dijo Zi saliendo también de su habitación. Se paró un segundo a contemplar al muchacho. Era delgado y alto para su edad. La estaba esperando con su postura habitual, desgarrado y desenvuelto en su ropa demasiado ancha para él, cuestión de moda, y con la cabeza ligeramente ladeada hacia la derecha, tal vez algún mimetismo con Lennon.

Bajaron los tres juntos.

—¿Qué es esta mochila Guido? —dijo Zi con tono inquisitivo de hermana mayor.

—Cosas mías para el viaje.

—Ya tengo hecha una maleta con tu ropa.

—Esta no es de ropa y no me pienso ir sin ella.

La conversación iba subiendo de tono.

—No es momento de discutir —interrumpió Natalia—, tenemos que estar fuera dentro de cinco minutos, y<sub>32</sub> todavía me falta por hacer el numeri-



to de ir a mi casa. Me estáis poniendo de los nervios.

Natalia se dirigió a la puerta de entrada.

—¿Y si hay uno en mi casa esperándome?

—En el momento de entrar en tu casa me llamas por el móvil, así estamos en contacto hasta que salgas por detrás.

—¡Allá voy! —Abrió la puerta, pulsó el botón verde, y salió. Cuando llegó a la calle se dio la vuelta y con grandes gestos dijo a voces:

—Hasta mañana. Te llamo cuando vuelva de la oficina.

—Hasta mañana —le respondió Zi.

Iba a cerrar la puerta cuando se dio cuenta de que Guido estaba atando la punta pelada de un cable eléctrico al felpudo metálico de fuera.

—¿Qué haces niño?

—Calla y ve a contestar a tu vibrador.

Zi se precipitó hacia el móvil y descolgó. Mientras Zi seguía los pasos de Natalia por el teléfono, Guido terminaba su instalación atando el extremo pelado del otro cable del prolongador al pomo metálico de la puerta. Una vez terminado cerró con cuidado la puerta y conectó el prolongador al enchufe de la entrada, bajo la mirada alucinada de su hermana.

Luego fue a la cocina y verificó que la red colocada en el techo, encima de la ventana estaba bien y abrió la ventana. Lo mismo hizo con la ventana del cuartito y con la del salón, que daban al jardín, en la parte de detrás.

Zi, que había salido al jardín, volvió a entrar con Natalia. Sacaron las tres bolsas y la mochila fuera y ataron a Lennon con la correa.

—¿Guido, qué narices haces?

—Dándoles facilidades para entrar por donde yo quiero.

—Esto no es un juego, además los zapatos hacen de aislante, seguramente no le va a dar ni calambre.

—Pero con lo mojados que van a llegar con los riegos...

—Coge a tu perro y vámonos de aquí. Y por Dios que no ladre —dijo Zi mientras verificaba que todas las luces estaban apagadas.

—¡Cierra la puerta del jardín con llave!

—Hecho.

Cogieron cada uno su bolsa y su mochila y se fueron encorvados por el borde de la piscina. Cuando llegaron a la valla de alambre, cerca de la puerta de emergencia, se sentaron en el sue-<sub>33</sub>lo. Desde allí se veía la parte trasera

del coche, de lejos, a unos cien metros.

—Siguen dentro —dijo Natalia.

—Vamos a esperar a que salgan del coche y se dirijan a casa antes de salir de aquí —ordenó Zi, mirando a Guido mientras sacaba de su mochila un alicate negro.

Se acercó a la valla, medio tapada por restos del seto, bajo la atenta mirada de Natalia y Guido, y empezó a cortar la malla, eslabón por eslabón. Cuando llegó a una altura de un metro, cogió la parte de abajo y enrolló los dos lados hacia arriba dejando así una apertura triangular, suficiente para poder pasar sin problema.

Zi volvió con ellos y devolvió el alicate a su mochila.

—Ya está. Ahora toca esperar.

Miró al pequeño grupo. Natalia estaba sentada con el brazo sobre los hombros de Guido y la mirada fija en el coche, sin pestañear. Guido, recostado sobre ella acariciaba a Lennon tranquilamente instalado en sus rodillas.

Así estuvieron más de media hora hasta que un coche entró en la urbanización, se metió por la calle y se paró a la altura del otro. Los dos hombres salieron del coche aparcado y se metieron en la parte trasera. Luego arrancó y se fue a aparcar en el vado del garaje de Natalia.

Era el momento, pensó Zi, ya no había vuelta atrás. Aquí se acababan cuatro años de vida normal. Bueno, normal, normal que se diga... Aparentemente normal, más bien. Le daba cargo de conciencia haber involucrado a su amiga en esta aventura. Y no hablemos de Guido. Si por lo menos Abdel Aziz hubiese estado aquí. ¿Dónde estaría ese maldito ángel de la guarda? Su investigación no la había conducido a nada de momento. O por lo menos esto le había parecido, porque si no, ¿qué narices hacían aquí estos tíos? ¿Y Frank Bowell? Parecía que era él quien dirigía el cotarro. Al principio no había reconocido su voz. En la Biblioteca Nacional tenía una voz tímida, un poco apagada, hasta se podía decir que servil. Era el arquetipo del “típico investigador” que quería mucha información a la vez sin saber lo que quería en realidad. Pero ahora tenía una voz fría como el acero, desagradable y cínica.

—¡En marcha chicos, nos vamos de aquí!

El pequeño grupo tardó segundos<sub>34</sub> en cruzar la valla. Zi tomó la delan-

tera. Se fueron por la calle de entrada hacia los adosados de enfrente. De pronto Zi sacó una llave y apuntando a un Audi A8 último modelo, quitó la alarma y abrió las puertas.

—Todo el mundo a bordo, rápido. Y no hagáis ruido al cerrar las puertas. Arrancó el coche, dio media vuelta y salió despacio de la urbanización.

—¿Este no es el coche nuevo de Paco? —preguntó Natalia.

—Sí.

—¿Cómo...?

—¿Tú qué crees?

—Lo de la bronca con su mujer, a grito pelado, sobre una amante, la semana pasada...

Zi asintió en silencio con la cabeza.

—Vamos, que te has tirado a súper superman.

Zi indicó el numero dos con la mano.

—¡¡Dos veces!! —exclamó Natalia con voz aguda—. Espero que te haya merecido la pena jugar al balancín.

—No imaginaba que iba a cambiar de coche tan pronto.

—Y encima para quitarle las llaves del coche, ¡¡puahh!! —dijo Natalia con cara de asco—. ¿Cuánto tiempo llevas planeando esto, Zi?

—Tres años —contestó esta con cara compungida.

—La pena es no estar aquí mañana cuando se dé cuenta de que le han quitado el símbolo de su éxito y empiece a pegar alaridos de los suyos.

Natalia se quedó callada un rato. Cuántas veces se habían burlado de Paco, viéndolo en la piscina tumbado en el césped sobre su toalla último modelo de diseño hortera, con su braga náutica amarilla flúo, que desaparecía literalmente bajo una panza ballenácea de piel blanca descamada, parcialmente sembrada de pelos negros. Sin hablar de esos pectorales peludos, donde se enrollaba la inevitable cadena de oro, y que por su tamaño y cantidad de grasa habrían dado envidia a cualquier barbie deseosa de silicona. Y esa cara redonda con bigote de guardia civil, nariz pequeña, con esa frente inteligente tan larga que llegaba casi hasta la coronilla donde los pocos pelos ralos y grasientos que le quedaban, estaban recogidos en una coleta muy fun, del tamaño de un pincel de acuarela. Lo mejor de Paco era la “discreción”, como cuando hablaba de sus<sub>35</sub> supuestos negocios y aventuras a lo

largo y ancho de este mundo, que le habían valido el apodo de superman. Todo un personaje el amigo Paco. Ahora eso sí, si era verdad que él llevaba una estupenda braga náutica, la que llevaba los pantalones era Maribel, su queridísima y glamurosa esposa. Ella sí que iba siempre a la última, embutiendo ese cuerpo de jabata en modelos de alta costura “carisísimos”. Dios los hace y ellos se juntan, eran tal para cual.

Pobre Zi, y todo esto por las llaves de un coche...

Cuando salieron de la urbanización, Zi tomó a la derecha. Ahora se estaba metiendo por un descampado.

—¿Dónde vas?

—Voy a tomar el atajo que lleva a la carretera. Así llegaremos a la nueva autopista de El Escorial en menos de diez minutos. Y no quiero oír hablar de Paco el resto del viaje, ¿de acuerdo?

6

El coche con los cuatro hombres aparcó delante de la puerta del garaje de Natalia. Todo llevaba más de media hora apagado y no se observaba ningún movimiento en ninguna de las dos casas. En las de alrededor tampoco.

Frank Bowell abrió su mochila y sacó dos cajitas negras. Le dio una a su compañero de asiento y otra a uno de los hombres que acababan de llegar.

—Esto es una especie de granada incendiaria. Destroza y abrasa todo lo que se encuentra a diez metros a la redonda. Para armarla hay que meter el código 1-3-4-2 y luego se pulsa el botón azul. Está programado en sesenta segundos. Una vez disparado no hay vuelta atrás, recordadlo bien, así que no lo conectéis sin estar seguros de que os da tiempo a salir. Ah, y otra cosa, están conectadas la una con la otra por radio frecuencia. Cuando se activa una, la otra se pone en marcha con noventa segundos, lo cual representa treinta segundos más.

Todos miraron las granadas y el pequeño codificador a base de switches en una trampa.

—De acuerdo —dijo Don mirando de reojo la otra granada, pero como antiguo marine que era, no discutía órdenes, sólo obedecía.

—Bueno, os recuerdo el plan. Tú, Don y yo entramos en casa de los Zenatti. Don, tú vas por la parte de detrás, tú Alberto, dijo hablando al guarda jurado, entras por la ventana de la cocina, parece que está abierta, y yo por la puerta principal.

—¿Y cómo vais a entrar? —preguntó Alberto.

—Con esto —Frank sacó de su chaqueta un pequeño aparato cilíndrico—, lo último en cerrajería. Treinta segundos para abrir una cerradura de seguridad complicada, cuatro para una cerradura normal.

Alberto se quedó impresionado. No sabía quienes eran estos tíos, ni lo que querían hacer con la chica y su hermano. Pero pagaban bien, pero que muy bien.

—Bueno —prosiguió Frank—, Walter irá a casa de la larguirucha. Cuando los localicéis, utilizad el spray. ¿Lo tenéis todos? —Todos se llevaron la mano al bolsillo y asintieron.—Recordad, es eficaz a menos de dos metros y es direccional. Dejad de respirar durante al menos quince segundos, si no corréis el riesgo de caer también. Si uno de ellos no duerme, o se despierta o se resiste, pensad que el efecto sorpresa es primordial. Os abalanzáis sobre él y pulsáis el spray sin respirar. El efecto es casi inmediato. A partir de ese momento disponéis de diez minutos de anestesia total. De todas maneras, debemos de estar de vuelta al coche en menos de quince minutos. Al salir dejáis una granada arriba en una habitación y la otra debajo del calentador-caldera de la cocina para que parezca un fallo del gas y tenga ocupada a la policía unos cuantos días, y sobre todo borramos las huellas que hayan podido quedar. Don y Walter se llevan los bultos en el asiento trasero, tú y yo volvemos a nuestro coche y los seguimos hasta la furgoneta. Si se espabilan les dais un poco de tratamiento spray, ¿OK?

Todo el mundo asintió, y bajaron del coche. Alberto no quería quedar mal. No veía ni tres en un burro, así que el codificador se le antojaba pequeño y complicado. Mientras los demás salían del coche y se preparaban, se puso rápidamente las gafas, y con la punta de su boli puso el código en el artefacto. Así sólo tendría que pulsar el botón azul.

—Alberto, ¿qué haces? —preguntó Frank un poco alterado.

—Ya voy, ya voy. —Frank no le gustaba nada, era una persona fría con un toque de algo parecido a locura y cinismo, tal vez incluso sadismo. Estaba deseando que todo esto acabase para cobrar y desaparecer del mapa.

Don y Walter saltaron la valla y se dirigieron a la parte de atrás por el borde de la casa mientras Alberto y Frank entraron como Pedro por su casa por la puertezuela delantera. No habían dado ni dos pasos cuando un montón de aspersores se dispararon con una fuerza tremenda y los dejaron empapados de los pies a la cabeza en pocos segundos.

Mientras Frank se dirigía a la entrada de la casa sin parecer afectado por los chorros, Alberto se fue blasfemando entre dientes hacia la ventana de la cocina y empezó a trepar como buenamente podía con sus noventa y ocho kilos y su metro sesenta y siete. Juró que se pondría a régimen a partir del día siguiente. Por fin consiguió al-<sub>38</sub>zarse hasta el borde de la ventana.

Puso la mano sobre la fría encimera y jadeando del esfuerzo metió medio cuerpo dentro.

A partir de ahí todo fue muy rápido y confuso. Le vino de fuera el sonido de un grito ahogado. Quiso darse la vuelta para ver qué era, pero en este instante sonó un “plac” en el lado derecho de la cocina, hacia la puerta y todas las luces de stand by de los electrodomésticos se apagaron. Se volvió bruscamente hacia el interior de la cocina y su mano derecha mojada se resbaló sobre la encimera a la vez que algo se le venía encima. Cayó al suelo de la cocina con muy mala postura y sonó a hueso roto. Cuando consiguió recobrar del pánico se dio cuenta de que una red, como las de pescar, le envolvía parte del cuerpo y que su hombro derecho estaba tocado. Las punzadas iban creciendo por momentos. Intentó moverse para liberarse, la red parecía pequeña, pero el dolor se lo impedía. Empezaba a sentirse verdaderamente mal, un sudor frío le empapaba el cuerpo, la frente, la cara...

De pronto se oyó ruido en otra parte de la casa. Algo se había caído y se movía con furia. Pensó con razón que Don habría tropezado también con una red. Entonces empezó a llamar bajito.

—¿Frank, Frank me oyes?

Pero Frank no contestaba. No era normal, Frank debería de estar ya en la casa. Entonces intentó rodar sobre sí mismo para ver si se podía liberar suficientemente de la red y terminar de quitársela con la otra mano. Después de un gran esfuerzo y de mucho dolor se encontró boca abajo, con la cara contra el suelo medio sofocado por la red que ahora le apretaba el cuello. Se quedó así unos segundos para recuperarse y en este momento lo oyó. Era un bip, repetido, muy leve y venía de su izquierda, más precisamente del bolsillo izquierdo de su chaqueta. La sangre se le congeló en las venas. Al darse la vuelta con el peso de su cuerpo había pulsado el botón azul. Empezó a gritar, presa del pánico.

—¡Frank, Don, Walter, sacadme de aquí!, ¡sacadme de aquí! ¡Frank!...

La casa tenía eco, pero con traducción simultánea.

—¡Frank, Walter, Help, help me!...

Era Don, que intentaba librarse del diabólico invento que minutos antes le parecía tan bonito y divertido, pero que ahora se había puesto en marcha solo. El pánico le impedía pensar y librarse de la pequeña red bordeada de bolitas de plomo que le envolvía.

7

La primera explosión sacudió el silencio de la noche cuando salían del descampado y se metían por el camino de tierra a unos quinientos metros detrás de la urbanización.

—Guido, te has pasado. ¿Qué has hecho?

Zi había parado el coche y ella y Natalia le miraban con una expresión extraña.

—Nada, te lo juro. Sólo he puesto mis redes.

—¿Y lo de la corriente en la puerta?

—Como mucho un calambrazo fuerte. El diferencial es de treinta miliamperios, como obliga la ley. Esto corta la corriente enseguida y no hay riesgo mayor que un buen susto.

Una segunda explosión los volvió a sorprender.

—¡Joder! ¿Qué está pasando?, larguémonos de aquí —dijo Zi. Metió una marcha y el coche se alejó por el camino de tierra a velocidad prudente y sin otras luces que la luna hasta que llegasen a la carretera principal.



¿Te ha gustado y quieres leer más?

No lo dudes encuéntralo en:

[viewBook.at/MAPAMUNDI](http://viewBook.at/MAPAMUNDI)

...

Muchas gracias.